

D. QUIJOTE VUELVE A LA MANCHA



Giovanni Papini, aquel descreído iconoclasta a quien una crisis psicológica derribaba en su camino de Damasco, convirtiéndole en un Saulo redivivo, escribía allá por el año 1916: «Casi todas las grotescas giras campestres de D. Quijote serían imposibles hoy en día en nuestras tierras y a la primera salida, los policías y los alienistas hubieran detenido al caballero de Rocinante y no le hubieran sido posibles a éste ni el encuentro con los molinos de viento ni con el Vizcaino». Esta afirmación la hacía Papini antes de su caída ecuestre-ideológica de 1921 y desde una posición que se tendría por lógica. Pero los refranes, que son los telegramas del contradictorio saber popular, demostraban una vez más su habilidad y sus hechuras para formular cualquier situación: «errar es humano». El florentino se había equivocado. Y así en 1982, casi finalizando el año, otro «Caballero de la Triste Figura» irrumpía en los ámbitos manchegos y en la literatura, de la mano y de los fantasmas de Greene. Decimos bien de la mano y de los fantasmas de Greene porque **Monseñor Quijote**, que tal es el título para las aventuras de este caballero andante motorizado, bien podría haberse subtítuloado **Conversaciones conmigo mismo**.

El poeta y crítico literario Vicente Gaos nos pintaba a un Cervantes

irónico que, sonriente, contemplaba desde su Olimpo el estéril pulso en que se empeñaban los fervientes campeones de un D. Quijote —obra cómica y azote de los libros de caballerías—, y aquellos otros que, abominando de la superficialidad de los primeros, dirigían la fuerza de su brazo en la dirección opuesta: la interpretación simbólica. Estaba justificada la irónica sonrisa, éste era, en efecto un pulso inútil. Ninguno de ellos rendirían el brazo del contrario, no lo podía hacer. Y no lo podía hacer porque la razón ya había tomado partido, no tomándolo simplemente, y dividiendo salomónica su bondad entre ambos. No sería éste el único pulso interpretativo que provocarían las aventuras del Insigne Hidalgo. Escritores famosos, pensadores de prestigio, académicos, eruditos todos forman la legión espeleológica que a través de los años ha explorado la mina más valiosa de la literatura española. Unos han encontrado ricos filones, otros han salido con la ilusión de haberlos hallado y muchos otros se han perdido en los infinitos pozos y vericuetos de sus múltiples galerías. Mucho oro, mucha ganga y mucha polémica se han extraído de ella. Tenía razón Gaos: «Si los Libros de Caballerías enloquecieron a D. Quijote, el Quijote ha enloquecido a los cervantistas». No es extraño que así haya sido porque la inimitable sátira có-

mica de la superficie, el pensamiento universal e insondable en el fondo y el eje de una ironía burlona y poliédrica, que hace incierta cualquier apuesta interpretativa, eran demasiado campo para ponerle puertas. Había surgido la primera novela moderna a la vez que el primer manual teórico sobre la misma, porque D. Miguel, que de «ingenio lego» no tenía un pelo, sabía no sólo que se había adelantado a los creadores de su tiempo, sino también que tenía el primer puesto cronológico y de mérito en la cola de los cervantistas. En efecto, entre otras muchas cosas, el Quijote es una explicación del Quijote y es la reflexión hecha literatura. «Cuando hay que saltar, es mucho más seguro hacerlo sobre agua profunda», son palabras de un personaje de **Monseñor Quijote** y son, a la vez, una declaración de principios de Greene. Greene efectivamente ha saltado en aguas muy profundas, demasiado profundas quizás, pero sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. D. Quijote, Sancho, Unamuno, Descartes, su propia niñez madurada le estaban empujando. Eran los espejos que mil veces repetían su imagen incompleta hasta recomponerla del todo. Y así Graham Greene inicia su aventura, que no es tal en el fondo, siguiendo la autopista de los libros de viajes. «Los libros más profundos y a la vez más populares son los libros de viajes, porque para juz-